

PERALES PIQUERAS, Rosa M.^a, *Juan de Espinal*, Arte Hispalense, Sevilla, 1981, 171 pp.

Afortunadamente la publicación de obras sobre el siglo XVIII va siendo cada vez más frecuente, y su aparición contribuye a desbaratar la falsa imagen de un siglo carente de interés desde el punto de vista artístico y en el que, como se ha dicho, lo español estuvo suplantado por el genio extranjero. La monografía que comentamos tiene el gran mérito de confirmar que los artistas españoles no desaparecieron ni tampoco dejaron de tener calidad o interés. Además el hecho de abordar el estudio de un artista no cortesano, aumenta la importancia del trabajo por facilitarnos el conocimiento de una personalidad valiosa «marginada».

Falta mucho por investigar dentro de los entresijos de la pintura oficial española tanto la realizada con anterioridad a la llegada de G. B. Tiepolo como la posterior a la marcha de A. R. Mengs. Pero si este axioma puede ser válido para la pintura de corte, la de los focos provinciales, si se exceptúa el catalán, permanece prácticamente sin tocar y todo por averiguar y naturalmente son las escuelas valenciana y sevillana las que más sorpresas pueden aportar.

Realmente la nómina de pintores sevillanos dieciochescos ni es corta ni tampoco carece de interés. Domingo Martínez, Bernardo Lorente Germán, Miguel Alonso Tobar, Pedro de Acosta y Juan de Espinal son los nombres más representativos de una lista que podría ser más extensa. Todos los géneros y variedad de técnicas se ensayaron a lo largo del siglo en Sevilla cuyo ambiente artístico estuvo fecundado por la presencia de pintores cortesanos.

De la figura de Espinal conocíamos ya un amplio repertorio gráfico gracias a los catálogos que E. Valdivieso ha dedicado a la Catedral y Palacio arzobispal sevillanos y él ha sido quien ha intuido el valor de la personalidad de este pintor (1714-1783) animando a R. M.^a Perales a efectuar el primer estudio válido que se le dedica. Se ha reconstruido tanto su biografía como su producción de la que se establece un primer catálogo con obras documentadas y atribuidas.

Queremos aquí solamente resaltar por considerar que no se ha hecho suficientemente su vinculación con determinados aspectos de la pintura romana del momento. Su *Imposición del capelo cardenalicio a S. Jerónimo* presenta a Espinal como un dignísimo continuador de la retratística ejercida por A. Massucci y en su tardía *Alegoría de la llegada de la pintura a Sevilla* podría establecerse, sin demasiada dificultad, lazos de parentesco con la obra de F. Trevisani o M. Rocca en las que la más exquisita sensibilidad hace acto de presencia. El hecho de que su *Inmaculada del Zodíaco* haya sido considerada repetidamente como original de L. Paret indica claramente hasta qué punto su estilo ha respirado los aires renovados de la pintura europea más refinada que Espinal supo mezclar con la herencia de Murillo y Valdés Leal.

Colorista inquietante y frío de acuerdo con su época, heredó sin embargo la manía por el manejo de estampas o buscó su inspiración en fuentes tan próximas y al mismo tiempo tan alejadas por su sensibilidad como las de Zurbarán que pueden adivinarse clarísimamente en sus *S. Jerónimo abandona su casa* y *S. Jerónimo hablando a las mujeres de Roma* derivados de los del extremeño *Partida de S. Pedro Nolasco* y *S. Jerónimo con Sta. Paula* y *Sta. Eustaquia*.

Felicitémonos por la aparición de libro tan útil e interesante dedicado a un pintor al que creemos se le puede aplicar con toda justicia en muchas de sus obras la etiqueta de «rococó», distinción que tan escasamente ha podido distribuirse a nuestros pintores del Setecientos.—JESÚS URREA.